

## VIDA Y ESCRITOS

DEL R. P. FEIJÓO.

(CONTINUACION.) (1)

El P. Feijóo llegó á negar ó dudar del milagro, segun se desprende de una carta dirigida á D. Diego de la Gándara Velarde, la cual se imprimió despues y se encuentra en el tomo primero de las *Cartas eruditas*, página 270. Pero al poco tiempo de haberla publicado, sin intencion, á la verdad, de ofender á nadie, supo que se había calificado de injuriosa para muchos y más especialmente para los historiadores de la referida orden seráfica; tanto que esta religion tratò de vindicar su honra, solicitando para ello se abriese una informacion del milagro: y al efecto, el R. P. M. Fr. Felipe de la Carrera, Guardian del Convento de S. Francisco de la ciudad de Oviedo, segun órdenes que del P. Provincial tenia, presentò una instancia al Sr. Obispo de la Diócesis, para que mandase hacer la deseada informacion y nombrase jueces para el caso. Provista, pues, la expresada solicitud, y designado el tribunal competente, se procedió al acto. Hay que advertir que el P. Feijóo se hallaba dispuesto á retractarse públicamente de todo cuanto había escrito en la carta de que arriba queda hecho mérito, toda vez que el acto de la informacion del prodigio se llevase á cabo en una forma tal que no hubiese lugar á duda.

Terminada la informacion, se cantó un solemne *Te Deum* al Ser Supremo por haber hecho patente el milagro, del cual se dió cuenta por escrito á toda España. Desde entonces nuestro ilustre benedictino fué objeto de los mayores insultos, lanzados por per-

(1) Véanse los dos números anteriores.

sonas que en atención á su estado, debían haberse conducido con más moderación; pues á consecuencia de haber negado, como dijimos, ó haber puesto en duda el milagro en cuestión, llamósele temerario, ridículo, escandaloso y otros epítetos más infamantes, que la pluma se resiste á consignar. Permaneció á pesar de todo en el más profundo silencio el P. Feijóo, hasta que salió á luz y se repartió un asombroso número de ejemplares de una sátira en verso infernal y repugnante, cuyo autor, mal poeta y peor cristiano, le ultrajaba de un modo tan torpe é indecoroso, que llegó á indignar hasta los mismos seglares que más le combatieron en esta cuestión, causando horror á unos y desden á otros.

Pero supo afortunadamente por personas fidedignas, puesto que fueron testigos presenciales, que la información se había verificado de una manera irregular y tumultuaria. Esto y la ligereza con que los teólogos consultados emitieron su juicio, al examinar el expediente, indujeron al P. Feijóo á elevar al Ilre. Diocesano una seria representación sobre el particular, para probarle que la información hecha, además de ser nula, según derecho, era incierta en su mayor parte, y por lo tanto inepta para autorizar el milagro: y que en su consecuencia, para poder permitir el culto religioso de aquellas flores, era de todo punto indispensable llevar á cabo otra información más segura. Estas razones causaron una impresión fuerte en el ánimo del Sr. Obispo, las cuales se confirmaron más y más con otras noticias extraoficiales, pero seguras, que llegó á adquirir, de que dichas flores no solo se encontraban en la expresada ermita en días anteriores ó posteriores á los de la víspera y fiesta del santo, sino también en otros muchos sitios, tanto sagrados como profanos.

Con tales antecedentes, su Sria. Ilma. al siguiente año, decretó nueva información, en la que se probó de una manera ostensible la falsedad y mala fé con que se llevó á cabo la primera y los provechosos resultados de esta última. Después el P. Feijóo hizo ver experimentalmente que las flores de que se trata no eran otra cosa, sino una agrupación de huevecillos de menudísimas orugas; lo que junto con el resultado obtenido en esta última información, dió á nuestro eminente crítico el triunfo más completo sobre sus enemigos; los cuales, además de haber caído en el más espantoso ridículo, vinieron á ser entonces el objeto del desprecio universal, por haberse hecho público lo erróneo é injustificado de sus acerbas impugnaciones.

He aquí, por qué nos ha sido preciso detenernos con preferencia en este episodio de la vida del ilustre monje, á la manera que al hablar, por ejemplo, de Fr. Luis de Leon, no podemos prescindir de sus persecuciones y estancia en la Inquisición de Valladolid, con motivo de habersele acusado injustamente de lute-

ranismo; ni al ocuparnos de Cervantes, podemos tampoco hacer abstracción de su horrible cautiverio en Argel, por ser hechos que más principalmente afectan á la vida moral del individuo, y sirven para poner á prueba esa virtud celestial, llamada *fortaleza*, propia exclusivamente de varones honrados é instruidos.

Ahora bien; si los impugnadores de nuestro inmortal Feijóo y con especialidad, como hemos visto, los historiadores de la órden seráfica, le hicieron en un principio devorar en silencio tan injustas amarguras, en cambio después tuvo días de gloria y satisfacción; pues se vió colmado de honores por la religion benedictina, por el Gobierno español y por la Santa Sede.

En efecto, fué nombrado Maestro general de su esclarecida órden, con voto perpétuo en el capítulo; fué tres veces Abad de su Colegio, cuya dignidad se le ofreció también por los monasterios de Samos y S. Martín de Madrid, y al haber sido ambicioso y egoísta, hubiera aceptado el alto y honroso puesto de General de su Congregación, nombramiento que no quiso admitir, á pesar de las reiteradas instancias que para ello se le hicieron, llegando á conseguir, no sin grandes esfuerzos, que no rehusase al ménos los honores que de tan distinguido cargo se le confirieron; esto no obstante ejerció de hecho su influencia en dicha Congregación, como si de derecho hubiera sido General de la misma.

Fué además proclamado *Sócio de honor* por la R. Academia de Medicina de Sevilla.

También el Rey Fernando VI le nombró Consejero de Castilla, en virtud de una R. O. fechada en 17 de Noviembre de 1748, la cual se conserva en el archivo de la Universidad de Oviedo y que literalmente dice así: «La aprobacion y aplauso que han merecido á propios y extraños, en la república literaria, las útiles y eruditas obras de vos; el Maestro Fr. Benito Feijóo, digno hijo de la religion benedictina, mueven mi Real ánimo á hacer manifiesta mi gratitud á tan provechosos trabajos, y á que sea notorio el deseo que me asiste de que continuen con igual acierto para mayor lustre de mis vasallos. Por tanto he tenido á bien, conociéndoos acreedor al señalado título de mi Consejo, condecoraros con él, como mis gloriosos predecesores lo dispensaron á los obispos de estos reinos.»

Además obtuvo la merecida honra de que el gran Carlos III, hermano y sucesor del anterior monarca, le remitiese una carta de su puño y letra regalándole las *Antigüedades de Herculano*; y por último, el papa Benedicto XIV, ya citado, le profesó tan especial afecto y dispensó tan favorable acogida á sus obras, que en prueba de ello, vamos á permitirnos transcribir aquí las lisongeras y elocuentes frases, que en el discurso fúnebre de tan ilustre pontífice, pronunció Fr. Manuel Barreda, General de los Carmelitas,

cuyo contexto es como sigue: «Fué Su Santidad apasionadísimo á ese grande hombre, honor de nuestra nacion, el sapientísimo Feijóo, cuyo *Teatro crítico* me dijo muchas veces que leía con gran gusto y aun confesaba que aquel su tratado de *Música de los Templos* le dió el último impulso para la reforma que hizo dentro de su estado.» Y en efecto, en los párrafos 9.º y 11.º del Bulario que este papa dió con fecha 19 de Febrero de 1745, cita la opinion de Feijóo al ocuparse de aquel asunto.

Todas estas distinciones hablan, pues, mucho más elocuentemente que cuanto nosotros pudiéramos decir en corroboracion del justo renombre que, como escritor público, supo conquistarse el humilde moje que nos ocupa, y á quien, con justísima razon, han llamado *El Astro de la Crítica*.

Pero ántes de pasar á exponer los datos que acerca de sus buenas costumbres hemos podido adquirir, nos parece oportuno dar á conocer textualmente á nuestros lectores un curioso pasaje de su vida literaria, como muestra de la popularidad de sus obras, desde el momento mismo en que empezaron á ver la luz pública y del proverbial concepto de *Sabio* que merecía á todas las clases sociales, y más especialmente á los amantes del saber y personas elevadas de aquella época, y que ha legado tambien á la posteridad.

Es el caso, que á los cincuenta años de edad marchó á Madrid para tratar sobre la impresion del primer tomo de su *Teatro crítico*, con cuyo motivo algunos literatos y personajes de gran importancia, que tuvieron el gusto de conocerle, por mediacion de su muy querido discípulo el referido P. Sarmiento, manifestaronle vivos deseos de que se decidiese á vivir en la corte, en donde sin duda alguna hubiera desempeñado un papel interesante. Pero no pudo, á pesar suyo, acceder á las justas exigencias de sus nuevos amigos, porque su permanencia en la coronada villa le era muy antipática, segun nos refiere él mismo en una de sus *Cartas*, titulada, *Ingrata habitacion de la Corte*, en la que, al hablar de las caprichosas, impertinentes y disparatadas consultas que le hicieron, dice lo que sigue: «De esto hice experiencia el año de 28, que me detuve en Madrid un mes, y todo él estuve, sin intermision, padeciendo esta impertinencia. Y era cosa de ver las cuestiones extrañas y ridiculas que me proponian algunos. Uno, por ejemplo, dedicado á la historia, me preguntaba menudencias de la guerra de Troya, que ni Homero ni otro algun antiguo escribió. Otro, encaprichado en la quironancia, quería le dijese qué significaban las rayas de sus manos. Otro, que iba por la Física, pretendía saber qué especies de cuerpos hay á la distancia de treinta leguas debajo de tierra. Otro, curioso en la historia natural, venia á inquirir en qué tierras se criaban los mejores tomates del mundo. Otro, observador de sue-

ños, quería que le interpretase lo que había soñado tal ó cual noche. Otro, picado de anticuario, se mataba por averiguar qué especies de ratoneras habían usado los antiguos. Otro, que solo era apasionado á la historia moderna, me ponía en tortura para que le dijese como se llamaba la muger del Mogol, cuántas y de qué naciones eran las mugeres que el Persa tenía en su serrallo. Digo, porque vuestra Señoría no tome esto tan al pié de la letra, que ó estas ú otras preguntas tan impertinentes y ridículas como estas venian á proponerme algunos. Si cuando no habia dado á luz más que dos libros padecía esta molestia ¿qué sería ahora, cuando los libros se han multiplicado, siendo natural que, por la mayor variedad de materias que en ellos toco, me atribuyan mayor extension de ciencia para resolver todas sus dudas por extravagantes que sean? «Y esto sería vivir?» Por estas y otras razones, abandonando á Madrid, regresó á Oviedo, de donde no volvió á salir jamás.

En cuanto á sus costumbres y género de vida, nos dice él mismo en una de las últimas cartas que escribió, con el título de *Política de la Senectud*, que nunca le vieron consultar al facultativo ni hacer uso de cosa alguna de botica; pero esto consistia, segun su opinion, en estar completamente persuadido de lo poco ó nada que, para sus padecimientos habituales, podía esperar de los médicos. Jamás censuró el presente, ni alabó el pasado, costumbre, segun Horacio, muy frecuente en los viejos. Muchos le creian con más salud que la que realmente experimentaba, porque nunca se quejó en público de sus dolencias y enfermedades, á no ser que éstas le produjesen dolores insufribles por su vehemencia é intensidad, sirviéndole entonces las quejas de alivio á sus penas, las cuales decía que Dios se las mandaba para que él solo las sufriese, y no para que padeciesen los demás. Tambien procuraba no mezclarse, sino muy rara vez, y con razon justificada para ello, en los juegos de los jóvenes, por decentes y racionales que aquellos fuesen, porque comprendía que la presencia de un anciano, si al respeto que infunden sus canas añade algo su caracter, les coarta en cierto modo su libertad, privándoles por consiguiente del placer que experimentan en tan alegres y honestos pasatiempos. Su conversacion ni era jocosa, ni seria; guardaba, por lo comun, un término medio entre ambas, porque decía que la aversion á todo género de chanza es un extremo vicioso, que Aristóteles llama *rusticidad*. A pesar de sus años no era de caracter adusto, tétrico, ni regañon, como generalmente sucede á los viejos, segun la opinion del citado Horacio; lo cual debía en parte á su temperamento y en parte á la reflexion.

Era alto y bien proporcionado, de tez algo morena y la nariz un poco inclinada hácia la izquierda; su modo de andar sereno y magestuoso, y en su rostro se destacaba un no sé qué de res-

petable, halagüeño y simpático, que infundía veneración y cariño al mismo tiempo. Su ancha y espaciosa frente revelaban la precocidad de su inteligencia y la fluidez de su inspiración; y en la expresión y perspicacia de sus rasgados ojos se retrataba fielmente la viveza de su alma. Gustaba mucho del aseo y limpieza así en su persona como en sus vestidos. Era además de razón tan vigorosa y de espíritu tan paciente é incansable que en la realización de sus empresas jamás retrocedió ante los obstáculos, por insuperables que estos fuesen, antes bien, supo vencerlos siempre con dignidad y energía; y tan apasionado por la lectura, que hasta en la mesa se le veía siempre con el libro abierto. Esta decidida afición le hizo aprender perfectamente el idioma francés, tan necesario entonces para recorrer el largo y difícil sendero de la ciencia.

Su trato, en fin, como el de todos los monjes benedictinos, escogidos por su corto número de familias honradas y decentes, era ameno; y sus modales, finos y cortesanos. En medio de la celebridad que, desde el humilde claustro en que vivía, supo adquirir, jamás se sintió estimulado por la vanidad; siendo á la vez tan opuesto á las distinciones que, respecto de su porte y de su celda, en nada se diferenciaba de los demás monjes; no pretendió nunca que su voto y opinión prevaleciesen en el Monasterio, ni en el Claustro de la Universidad. Si algun forastero, llevado de la fama del ilustre monje, acudía á la capital de Asturias con ánimo de ir al monasterio á visitarle, agradecía sobremanera este rasgo de atención y simpatía, manifestando al mismo tiempo cuánto le extrañaba el deseo de visitar á quien ya no era un hombre, sino un saco de tierra.

*(Se continuará).*

TOMÁS PERIAGO.

## Á GRANADA.

El sol en el oriente su luz despliega,  
 Vistiendo de colores la estensa vega;  
 Y á lo lejos, del éter iluminada,  
 Como blanca paloma se vé Granada.  
 Granada, quien ha visto tu hermoso suelo,  
 Puede contar las glorias que guarda el cielo.  
 ¡Ay patria mia!  
 ¡Qué hermosa perla encierra la Andalucía!

Granada, paraíso de los amores,  
 Nido donde se albergan los ruiseñores;  
 Eden donde el suave perfume brota,  
 Copo de blanca nieve que en lirios flota:  
 Espacio misterioso, donde seducen  
 Los ecos de la Alhambra, que reproducen  
     Sus alminares,  
 En cantar melodioso de los cantares.

Flor es Andalucía que á España abona,  
 Y Granada rocío que le corona;  
 Concha es Andalucía muy nacarada,  
 Y de concha tan bella perla Granada;  
 Y si hermoso es el cielo de Andalucía,  
 Es Granada el sol claro del medio día;  
     Sol esplendente,  
 Que produce las vagas tintas de oriente.

En las olas flotantes de sus aromas  
 Se mecen dulcemente blancas palomas,  
 Que en giros revoltosos y alegre zambra  
 Arrullándose viven sobre la Alhambra.  
 Alhambra, eden eterno de las sonrisas,  
 Cuna donde se enlazan flores y brisas;  
     Sueño indeciso,  
 Si Granada es el cielo, tú el paraíso.

¡Cuántas veces al alma, triste, desvela  
 El son de la campana que hay en la Vela!  
 Por que en su misterioso vago lamento  
 Se descubre un poema de sentimiento.  
 ¡Ay! Alhambra querida: desconsolado,  
 Al son de esa campana cuánto he llorado!  
     Son halagueño,  
 Que aun hoy con su memoria turba mi sueño.

Junto á la Alhambra, en suave y verde arrecife  
 Se asienta el perfumado Generalife;  
 Mansiones, que Granada nos dice al verlas,  
 Que son de su corona brillantes perlas,  
 O en su caliz, prendidas por el estío,  
 Dos gotas transparentes de albo rocío,  
     Gotas, que el fuego  
 Del sol, en ambrosia las torna luego.

Generalife, Alhambra, nidos de flores,  
 Alcázares dorados y miradores,  
 Cascadas cristalinas, torres, palacios,  
 De luz y de perfumes anchos espacios:

Arroyos, que engalanan su verde suelo  
 Y el sol esplendoroso de un limpio cielo;  
 De esto formada,  
 Diadema encantadora ciñe Granada.

Hoy, recordando, hermosa ciudad, tu encanto  
 Desde mi dulce patria feliz te canto;  
 Y si acaso, Granada, de mis acentos  
 Se desprenden raudales de pensamientos,  
 Todos ¡ay! te los debo, rosa temprana,  
 Pues al cantar las glorias de la sultana  
 De Andalucía,  
 No hay un alma que cante como la mía.

JACOBO RUBIRA.

## EL ANGEL POR QUIEN SUSPIRO.

A MI INOLVIDABLE HIJO.

Cuando esmaltan la pradera  
 Ricas flores olorosas,  
 Cuando el mar en la ribera  
 Sus olas riza espumosas:  
 Cuando afligen los pesares  
 Mi corazón angustiado;  
 Cuando al pie de los altares  
 Rezo, de hinojos postrado:  
 Cuando en loco desvario,  
 Del mundo, quizá á despecho,  
 Bebo, canto, gozo y río,  
 Y ensancho alegre mi pecho:  
 Cuando cruzan por mi mente  
 Balsámicas ilusiones,  
 Y cuando ruge potente  
 El rey de los aquilones:  
 En sueños, en realidad,  
 Por todas partes que miro,  
 Solo encuentro de verdad  
 ¡El ángel por quien suspiro!

B. MELLADO.



# SARUH

Ó

## EL ALZAMIENTO DE LOS MORISCOS.

### LEYENDA HISTORICA ORIGINAL.

(CONTINUACION) (1)

«Pues bien, -continuò el escudero;-D. Gonzalo es nieto de Gascon: huérfano, apenas pisaba el dintel de la vida, creció al amparo de su tia D.<sup>a</sup> Elvira de Casares, menina de la reina y dama de gran ascendiente en la corte del rey D. Felipe. Pronto manifestó el heredero de Mendieta su inclinacion á las armas y dotes suficientes para mantener y proseguir los timbres gloriosos de sus antepasados: Italia y Flandes ofrecian á la sazón vasto palenque á los instintos guerreros del jóven Gonzalo, y merced á las influencias de su tia, consiguió un lugar honroso en los tercios mandados por el ilustre hijo del emperador Carlos V.

Con fama de valiente y el grado de capitán regresó el de Mendieta cuando ya comenzaban á indicarse los síntomas de una inminente rebelion en los moriscos de la Alpujarra. Acentuaronse estos temores; y comprendiendo nuestro monarca la urgencia de prevenir una nueva tentativa, mandó á D. Gonzalo que partiese para Granada, foco principal de las maquinaciones sediciosas.

—Caminabamos hácia la hermosa ciudad, llorada por Boabdil, y era el quinto dia de nuestra expedicion. A esa hora en que los rayos solares caen perpendicularmente sobre la tierra, divisamos, no lejos de nosotros, una fresca alameda, cuya fronda cerrada nos movió á refugiarnos en ella de la ardiente canícula.

Con los brutos del diestro, nos internamos por la avenida que encontramos más cerca: aquello era un laberinto inmenso; la selva se ofrecía cada vez más intrincada y espesa. Dominados por el cansancio hizimos alto, y á poco de estar recostados sobre el tupido césped verde esmeralda, una extraña armonia vino á turbar ese silencio misterioso y solemne de las soledades. Prestamos aten-

(1) Véanse los números 49, 52, 57 y 62.

cion y entre las vibraciones acordes de una guzla llegó hasta nosotros el eco de una voz, dulce como el acento de los querubines, sentida como el quejido de las auras al chocar en las copas de los arrayanes.

El músico de la selva cantaba un romance morisco, que, si la memoria no me engaña, decía así:

«Sobre destroncadas flores,  
 Junto á la fuente del cisne,  
 Sentada está Celindaja,  
 Más hermosa que no libre.  
 Mirando está al verde prado  
 Sus colores y matices,  
 Que con el sol resplandecen,  
 Y con el agua reviven.  
 No le alivian sus cuidados  
 Verdes plantas y jazmines,  
 Ni las horas regaladas  
 De las sombras apacibles:  
 El mal que en el alma siente,  
 Cualquier contento le impide,  
 Que flores, fuentes y fiestas,  
 Más al afligido afligen. (1)

Aquellos sonidos fueron desvaneciéndose lentamente, como los rumores que se pierden en el silencio arrastrados por el viento de la tempestad. Al pronto creí que nos encontrábamos en alguna selva encantada, y aquellos acentos, aquellos árboles gigantes, aquella soledad imponente y aquellas entrelazadas avenidas, no eran otra cosa que una ilusión del encanto.

Atormentado por esta superstición, no me atrevía, lo confieso, á moverme del sitio; pero más intrépido D. Gonzalo, se levantó súbitamente, avanzando con resolución hácia el punto donde se perdieron los últimos ecos: yo le seguí instintivamente y durante largo rato caminamos al acaso por las innumerables revueltas de la selva. A cada momento se abrían ante nosotros anchas y tortuosas calles cubiertas de musgo y de finísima arena gris que amortiguaba el ruido de nuestras pisadas: allí no había un árbol cortado, nada que significase una tala, nada que representase la mano del hombre.

Al revolver una sinuosidad del bosque, se dejaron oír nuevamente los apacibles acordes de la guzla, pero ya á escasa distancia de nosotros. Paréme al punto, y dirijí la vista en torno mio, como buscando al invisible genio de la selva.

D. Gonzalo se había detenido también y miraba por entre los arbustos con profunda atención. Me acerqué con sigilo y fi-

(1) Romancero morisco.

jando la vista en la misma direccion; quedé maravillado y suspenso.

Sentada sobre un tosco asiento de piedra labrada, había una mujer de fascinadora hermosura. Vestía à usanza árabe un rico caftan de sedas de colores con erretes de perlas, y una túnica de púrpura sujeta á la cintura por un ceñidor de oro bruñido; tanto la ligereza de su trage oriental, como un tinte de dulce tristeza, significado en el marco oval de su semblante, realzaban su belleza de un modo imponderable.

D. Gonzalo, acaso de intento, practicó un ligero rumor en el ramage que nos ocultaba, y escuchado por la morisca se levantó sobresaltada dirigiendo la vista en todas direcciones: separando entonces el de Mendieta los entrelazados arbustos, se presentó de improviso ante la misteriosa habitante de aquellos bosques.

En vez de aterrarse, esto la reanimó; abrió los ojos negros como una noche de tempestad, y posó en D. Gonzalo una mirada de indefinible languidez.

Dudando éste, si tantas perfecciones serían posibles en una criatura humana, exclamó:

—¿Quién eres? Dime, sultana, si esa belleza que me fascina no es una creacion de mi fantasia, ó si has nacido tal vez del aire y de la luz.

—Saruh (1) me llaman,—respondió la morisca con ese tono hiperbólico que sintetiza el lenguaje de los árabes, mientras un vivo carmin encendía sus mejillas:—mi padre es Kagib, y su hija, la doncella de cándida frente, esperaba hace tiempo al amado de su corazón.

—¡Ah!—esclamó profundamente D. Gonzalo, mientras en su mirada aparecía involuntariamente una llamarada de celos:—¿es acaso algun xeque de tu raza el que roba el sosiego á la doncella de las trenzas negras?

—¡Guerrero!—prosiguió la morisca acercandose más á mi señor;—yo te esperaba, sientate y escucha: Noema mi esclava conoce el secreto de las plantas, sabe las que curan y las que dan la muerte, tiene el poder de desatar las tempestades y de conjurarlas y para ella no son arcanos los misterios del porvenir: Noema es hada.

—No reconozco ese poder,—replicó D. Gonzalo, procurando desvanecer las supersticiones de la mora:—los secretos del tiempo solo son penetrados por la vista de Dios, al cual unicamente obedecen las tempestades.

—Pues bien;—continuó Saruh bajando los ojos ruborosa;—Noema me dijo que vendrias, porque tú debes ser aquel candillo de que me hablaba, fiero como el leon para el enemigo, y dulce

(1) Señora.

como la gacela para la esposa: si tu corazón no permanece tranquilo á la impresión ardiente del amor, ven al castillo de mi padre, tan ignorado como su nombre, y mi padre y sus alcázares serán visibles para tí.

—Hermosa eres como una rosa del Hirán, y no rendirse á la influencia de tus encantos, sería un propósito superior á la voluntad.—D. Gonzalo hablaba con una vehemencia extraordinaria.

Deplorando la imprudencia de mi señor, me aparté de aquel sitio, y reclinado sobre la verde alfombra de musgo, puseme á reflexionar seriamente sobre el desenlace de nuestra aventura.

Ya había descendido notablemente la tarde y dentro del bosque comenzaba á notarse esa claridad dudosa que produce el crepúsculo al atravesar los descubiertos de la fronda, cuando una fuerte voz me sustrajo de mis meditaciones pesimistas: levanté la cabeza y miré á D. Gonzalo, que, ya á caballo me llamaba con impaciencia; momentos después cabalgaba á su lado con dirección á Granada, donde llegamos después de anochecido.

Al día siguiente, cuando el sol comenzaba á desaparecer en el ocaso, me mandó D. Gonzalo ensillar los caballos, y partimos en la misma dirección que habíamos traído la tarde anterior. Al llegar al bosque misterioso, reprimió la marcha de su corcel y cerciorado de la identidad del sitio, descabalgó sin vacilar, alejándose á pié por las revueltas calles de arrayanes y abetos. Yo quedé aguardándole hasta una hora bien avanzada en que nuevamente regresamos á Granada. Estas escursiones se repitieron muchas veces sin otras consecuencias.

Una noche llegamos como de costumbre á la ignorada selva de la mora: D. Gonzalo se internó, y en una de las encrucijadas me quedé como siempre á esperar su regreso. Negros crespones de amontonadas nubes velaban la luz de la luna, y la oscuridad iba haciéndose cada vez más intensa; solo se percibían confusos, inmóviles, gigantescos, los troncos irregulares de los abetos y de las encinas, como fantasmas evocados, cuyos contornos se perdían debilmente entre las tinieblas de un fondo oscuro. El silencio era magestuoso y profundo: la calma completa.

De improviso el ruido de pasos inmediatos hizome pensar que alguien se acercaba hácia el sitio donde yo me encontraba. Presté oído atentamente y escuché este diálogo que parecía nacer á mi espalda.

—No lo dudeis, Abulcacin; el pueblo creyente, aleccionado con el pasado, está resuelto á consolidar sus esfuerzos ante la idea de la patria, y ya solo aguarda el hombre que debe conducirle en la pelea: ese hombre hemos de darle esta noche, pues cada momento que transcurre aumenta nuevos ultrajes que vengar.

—¿Y cuál es el nombre del caudillo que dará la señal?

—Aben-Humeya se llama, sangre de reyes le alienta, y su alma es fuerte como el granito de las rocas donde se oculta.

*(Se continuará)*

M. ESCOBAR.

## SOBERBIA. <sup>(1)</sup>

Aspid traidor, que en el seno  
La fáz asquerosa oculta  
Y en las entrañas sepulta  
Su mortífero veneno;  
Reptil que entre inmundo cieno  
Se envuelve, bulle, se agita,  
Pretende morder, se irrita,  
El agudo aguijon clava,  
Inoculando la baba  
De su ponzoña maldita.

Del orgullo la hinchazon,  
La intemperancia que ciega,  
El amor propio que llega  
A trastornar la razon:  
Las fuentes del corazon  
Jamás llegan á brotar,  
Si el generoso auxiliar  
De la cristiana armonía  
No corta la hipocresía  
Que las pretende cegar.

¡Soberbia...! Naciste impura  
Junto al trono del Eterno:  
De allí bajaste al Averno  
Para ocultar tu amargura:  
Con frenética locura

(1) Pensando publicar correlativos los siete pecados capitales, se observará que falta "LA ENVIDIA."-- Véase el núm. 47 de esta Revista, correspondiente al 23 de Julio de 1875, pág. 127.

Juraste tomar venganza;  
 Y hoy tu espíritu se lanza  
 Del hombre débil en pos,  
 Convencida de que en Dios  
 No has de encontrar esperanza.

¿Quién se atreve á comprender  
 Esa aberracion del alma,  
 Que destruyendo la calma  
 Nos lega tal padecer...?  
 Vicio que ha logrado ser  
 De la triste humanidad  
 Lepra, cáncer de maldad,  
 Que no es dado resistir....  
 Que debemos combatir  
 Oponiendo la humildad.

J. M. PUCHE.

---

## CERTAMEN

### DE LA SOCIEDAD ECONÓMICA.

---

Digna es del mayor elogio la actividad que despliega la Sociedad Económica lorquina, en el cumplimiento de su mision, y dignos sus esfuerzos de ser coronados con un éxito lisongero, cual lo merece la cultura de nuestro país. Despues de haber celebrado una Exposicion regional en 1874, á pesar de las azarasas circunstancias políticas, que entonces paralizaban en esta comarca la accion de la industria y el comercio, anuncia para 1.º de Enero del próximo año la adjudicacion de premios de un solemne Certámen, en el que se proponen importantísimos temas, ya generales, ya especialmente aplicables á la localidad, referentes á las secciones de Agricultura, Comercio, y Literatura y Bellas Artes. A imitacion de lo que se acostumbra en los Juegos florales, pero con más alto sentido y más amplio objeto, la Sociedad Económica ha invitado á corporaciones y particulares para coadyuvar á la realizacion de este pensamiento, y muchos han correspondido, ofreciendo premios para este Concurso, de tal suerte que en algunas secciones fué preciso aumentar el número de temas, para que es-

tuviesen en relacion con los premios ofrecidos, tanto por la Sociedad, como por corporaciones y particulares. Es cierto que algunas de estas invitaciones cayeron en tierra estéril, y quizá por parte de aquellos, que parecian más especialmente llamados á secundar el proyectado Certámen; pero tambien lo es, que estas excepciones poco patrióticas, en nada han amenguado la general benevolencia y aplauso, que ha merecido el propósito, próximo ya á realizarse, de la celebracion de tan solemne concurso.

Merece sin duda gratitud de la patria la Sociedad Económica, por los constantes esfuerzos que hace en pró de la cultura y mejoramiento social, proponiendo útiles reformas, é iniciando un movimiento científico, literario y artístico, con relacion al objeto de estas Sociedades; cuyo movimiento, convenientemente seguido y desarrollado, puede ser manantial fecundo de bienes para nuestro pais.

No faltan espíritus superficiales que miran con indiferencia todas estas cosas; que se mofan de los que las inician, entorpeciendo el camino con obstáculos indignos, ú oponiendo á su realizacion el desden y la inercia, mucho mas temibles que una oposicion decidida. Les queda todavia algun pudor para no declararse abiertamente hostiles á pensamientos, cuya grandeza se impone á sus mismas costumbres y preocupaciones; pero inventando pretextos fútiles para justificar su retraimiento, se niegan á sostener la noble empresa, y si dependiera de ellos, toda idea benéfica se agostaría desde su origen, como flor, á quien se niega el rocío del cielo, y el inteligente trabajo del jardinero que la cultiva.

Entre los temas, que son objeto de premio en el Certámen de la Económica, los hay numerosos, relativos á la Seccion de Agricultura, tan importante en nuestro pais. La formacion de un Manual ó Cartilla Agraria, para uso é instruccion de nuestros cultivadores; el estudio de las cuestiones que se relacionan con las obras hidráulicas proyectadas, que presenten menores dificultades para su realizacion, y puedan mejor contribuir á resolver el problema de aumentar las aguas claras y aprovechar las turbias, sin privar á las tierras del beneficio de los tarquines y riegos gratuitos; los medios de que el pais lleve á cabo estas obras con sus propios recursos, y otros importantísimos asuntos de industria agrícola aplicables á la localidad, se proponen para su estudio y premio en el Certámen que nos ocupa. Ahora bien, ¿á quien pueden dejar de interesar tales asuntos, cuando la vida de este pais es la Agricultura, y sin que ésta mejore sus condiciones actuales, y sin que se realizen las necesarias reformas que puedan proporcionar los riegos que tanta falta hacen á nuestra estensa vega, no puede ser el porvenir mas oscuro y deplorable?

Por otra parte, la Historia en lo relativo á Lorca y sus hombres célebres, la Poesía, la Música, la Arquitectura, la Escultura,

todas las Bellas Artes, así como la Industria y Comercio, son convocadas á este pacífico palenque, que á todos interesa sostener á la altura debida, por decoro del país que lo ha iniciado y por la utilidad y abundantes frutos que está llamado á producir.

El amor que profesamos á la tierra querida que nos vió nacer y el entusiasmo con que hemos patrocinado el pensamiento que nos ocupa, han inspirado estas cortas líneas, escritas á vuela pluma, pero principalmente dirigidas á felicitar sinceramente á la Sociedad Económica y á hacer un llamamiento á las personas estudiosas é instruidas, para que acudan con sus trabajos á ilustrar este Certámen, y á que dé los resultados, que se han propuesto sus iniciadores, ayudados por todos los que sientan afecto á su país y afición á las lides literarias.

Nosotros esperamos, que la concurrencia al Certámen será digna de su importancia, y nos lisongeamos en creer que será un nuevo estímulo para lo sucesivo, y un nuevo timbre de gloria para nuestra amada patria, que premiando los esfuerzos del verdadero mérito y del trabajo provechoso, se hará acreedora al aplauso y al reconocimiento de todos los que se interesan por su prosperidad.

A. G.

---

## CANTARES:

---

Para consuelos, la luna,  
Para fulgores, el sol;  
Para murmullos, la fuente,  
Para pesadumbres ¡yo!

El mar cuando se embravece  
Tiene fieras tempestades;  
Empero son aun más fieras  
Las que mi pecho combaten.

Triste tengo el corazón,  
Y triste, muy triste, el alma....  
¡Qué mucho, si ya no abrigo  
Ni sombra de una esperanza!

ERMELINDA DE ORMAECHE.

---